



SIMONE WEIL

escritos
políticos

Simone Weil

Escritos políticos

Reflexions sur la guerre. (La Critique Sociale, nov., 1933)

Perspectives. Allons-nous vers la révolution prolétarienne? (La Révolution Prolétarienne, agosto, 1933)

Traducción

Josep Corominas

Edición

Ateneo libertario Al Margen. Valencia
Likiniano Elkartea. Bilbao
Traficantes de sueños. Madrid
Pepitas de Calabaza. Logroño
Ateneo Libertario de Sant Boi
Ateneu Enciclopèdic Popular. Barcelona
Ateneu Llibertari Poble Sec. Barcelona
Fundació Estudis Llibertaris Anarcosindicalistes.
Etcétera. Barcelona

Barcelona, Noviembre 2001

Colección con.otros

Reflexiones sobre la guerra

La situación actual y la preocupación que suscita colocan de nuevo en el orden del día el problema de la guerra. Vivimos en la permanente espera de una guerra; el peligro quizás sea imaginario, pero el sentimiento de dicho peligro es real y representa un factor a tener en cuenta. Pero ante esta situación no observamos otra reacción que no sea la de pánico, no un pánico por el coraje que exige la amenaza de la masacre sino más bien pánico de los espíritus ante los problemas que plantea. No existe otro espacio más sensible a la confusión que el movimiento obrero. Nos exponemos, si no realizamos un enorme esfuerzo de análisis, a que cualquier día más o menos lejano la guerra nos sorprenda impotentes, no sólo para actuar sino también para juzgar. Ante todo debemos hacer balance de las tradiciones en las que hemos vivido hasta ahora de manera más o menos consciente.

Hasta el período que siguió a la última guerra, el movimiento revolucionario, bajo distintas formas, no tenía nada en común con el pacifismo. Las ideas revolucionarias sobre la guerra y la paz se inspiraron siempre en los recuerdos de los años 1792-93-94 que constituyeron la cuna de todos los movimientos revolucionarios del siglo XIX. La guerra de 1792 aparecía, contradiciendo absolutamente la verdad histórica, como un impulso victorioso que, levantando al pueblo francés contra los tiranos extranjeros, habría al mismo tiempo roto el dominio de la Corte y de la gran burguesía para conceder el poder a las masas trabajadoras. De este recuerdo legendario, perpetuado en la *Marseillaise*, nació el concepto de la guerra revolucionaria, defensiva y ofensiva, no

sólo como forma legítima, sino más bien como una de las formas más gloriosas de la lucha de las masas trabajadoras levantadas contra los opresores. Esta ha sido una concepción común a todos los marxistas y a casi todos los revolucionarios hasta los últimos quince años. Por el contrario, respecto a la valoración de las otras guerras, la tradición socialista nos ofrece no una concepción sino varias, contradictorias y que nunca han sido opuestas las unas a las otras.

Durante la primera mitad del s. XIX, la guerra parece haber tenido por sí misma un cierto prestigio a los ojos de los revolucionarios que, por ejemplo en Francia, reprochaban enérgicamente a Luis Felipe su política de paz; Proudhon escribió un elocuente elogio de la guerra; y se soñaba en guerras liberadoras para los pueblos oprimidos, así como en insurrecciones. La guerra de 1870 forzó por primera vez a las organizaciones proletarias, o sea, a la Internacional, a tomar partido de una manera concreta sobre la cuestión de la guerra; y la Internacional, mediante la pluma de Marx, invitó a los obreros de los dos países en lucha a oponerse a cualquier tentativa de conquista, pero también a participar en la defensa de su país contra el ataque del adversario.

Fue en nombre de otra concepción que Engels, en 1892, evocando elocuentemente los recuerdos de la guerra que había estallado cien años antes, invitaba a los socialdemócratas alemanes a participar con todas sus fuerzas, llegado el caso, en una guerra que Francia aliada con Rusia hubiera lanzado contra Alemania. No se trataba de defensa o ataque, sino de preservar, mediante el ataque o la defensa, al país en el que el movimiento obrero se hallara en la situación más fuerte, y de aplastar al país más reaccionario. Para decirlo de otro modo, según este planteamiento, que fue el de Plekhanov, de Meliring y de otros, para enjuiciar un conflicto es necesario

buscar qué solución es más favorable al proletariado Internacional y actuar en consecuencia.

A esta concepción se opone directamente otra que fue la de los bolcheviques y de Espartacus, según la cual en cualquier guerra, excepto las nacionales o las revolucionarias según Lenin o sólo en las revolucionarias según Rosa Luxemburg, el proletariado debe desear que su propio país sea vencido y, por consiguiente, debe sabotear la lucha. Esta concepción basada en la noción del carácter imperialista por el que toda guerra, menos en las excepciones citadas anteriormente, puede compararse a una pelea entre forajidos disputándose un botín, no puede justificarse sin grandes dificultades; parece romper la unidad de acción del proletariado internacional comprometiendo a los obreros de cada país que deben ocuparse en la derrota de su propio país, favoreciendo así la victoria del imperialismo enemigo, victoria que, por otro lado, debe ser impedida por el proletariado de este imperialismo. La célebre frase de Liebknecht: "Nuestro principal enemigo se halla en nuestro propio país" subraya esta dificultad asignando a las distintas fracciones nacionales del proletariado un enemigo distinto, oponiéndolas, por lo menos aparentemente unas a otras.

Constatamos que, en lo referente a la guerra, la tradición marxista no presenta ni unidad ni claridad. Existe un punto en común a todas las teorías que es el rechazo categórico a condenar la guerra como tal. Los marxistas, principalmente Kautsky y Lenin, parafraseaban sin ambages la fórmula de Clausewitz según la cual la guerra no es otra cosa que la continuación de lo que es la política en tiempos de paz, de esto se concluía que no había que juzgar una guerra por la violencia de los procedimientos empleados sino más bien por los objetivos propuestos a través de estos procedimientos.

La posguerra no introdujo ninguna otra concepción en el movimiento obrero ya que no podríamos acusar

a las organizaciones obreras o llamadas tales de nuestra época de tener un criterio sobre una determinada cosa sino más bien de tener una distinta atmósfera moral. En 1918 el Partido Bolchevique, que deseaba impacientemente la guerra revolucionaria, debió resignarse con la paz, no a causa de motivos doctrinales sino más bien por la presión directa de los soldados rusos a quienes el ejemplo de 1793 no estimulaba en absoluto tanto si lo evocaban los bolcheviques como si lo hacía Kerensky. Igual sucedía en otros países, en el plano de la simple propaganda, las masas sacrificadas por la guerra exigían a los partidos que se reclamaban del proletariado que adoptaran un lenguaje completamente pacifista, lenguaje que no impedía por otro lado que algunos felicitaran al ejército rojo, y a otros que votaran créditos para la guerra en su propio país. Este nuevo lenguaje no se justificó evidentemente a través de análisis teóricos, nunca apareció como un nuevo lenguaje. Pero la realidad fue que en lugar de desenmascarar la guerra en tanto que imperialista, se dedicaron a desenmascarar al imperialismo como causante de las guerras. El llamado "Movimiento de Amsterdam" dirigido teóricamente contra la guerra imperialista debió, para ser tenido en cuenta, presentarse como dirigido contra la guerra en general. Las disposiciones pacíficas de la U.R.S.S. se resaltaron más, en la propaganda, que su carácter proletario. Por lo que respecta a las fórmulas de los grandes teóricos del socialismo sobre la imposibilidad de condenar la guerra como tal, hay que decir que fueron absolutamente olvidadas.

El triunfo de Hitler en Alemania hizo, por decirlo de alguna manera, emerger a la superficie todas las antiguas concepciones mezcladas de manera inexplicable. La paz aparecía como menos apetecible desde el momento en que podía comportar horrores inexplicables bajo los que gemían miles de trabajadores en los campos de concentración de

Alemania. Reaparece el concepto desarrollado por Engels en su artículo de 1892. ¿No es el fascismo alemán el principal enemigo del proletariado internacional como lo fue en su época el zarismo ruso? Este fascismo que se expande como una mancha de aceite, no puede ser derrotado de otra manera que por la fuerza; y, dado que el proletariado alemán se halla desarmado, sólo las naciones que continúan siendo democráticas, pueden tomar sobre sí esta tarea.

A partir de aquí poco importa que se trate de una guerra de defensa o de una "guerra preventiva": sería mejor una guerra preventiva; ¿acaso Marx y Engels no intentaron en cierto momento incidir para que Inglaterra atacara Rusia? Se puede pensar una guerra de este tipo no como una lucha entre dos imperialismos enfrentados, sino más bien entre dos regímenes políticos. Tal como hacía el viejo Engels en 1892 recordando lo que había sucedido cien años antes cuando se pensaba que una guerra forzaría al Estado a hacer concesiones al proletariado, tanto más cuanto que en la guerra que amenazaba surgiría un conflicto entre el Estado y la clase capitalista, y posiblemente las medidas de socialización irían bastante lejos. ¿Quién nos puede asegurar que la guerra no llevará de manera casi automática a los representantes del proletariado al poder? Todos estos comentarios crean, desde este momento entre los medios políticos que se reclaman del proletariado una corriente de opinión más o menos explícita a favor de una participación activa del proletariado en una guerra contra Alemania; una corriente débil todavía, pero que puede extenderse. Otros se ocupan en la distinción entre agresión y defensa nacional; otros en la concepción de Lenin; otros, finalmente, continúan siendo pacifistas, aunque la mayoría por fuerza de la costumbre. No podía uno imaginarse una peor confusión.

Tal incertidumbre y oscurantismo pueden sorprender y avergonzar si se tiene en cuenta que se

trata de un fenómeno que, con su parafernalia de preparativos, de reparaciones, de nuevos preparativos, parece, habida cuenta de todas las consecuencias morales y materiales que conlleva, dominar nuestra época y representar su hecho característico. Lo sorprendente hubiera sido conseguir algo mejor teniendo en cuenta que se partía de una tradición completamente legendaria e ilusoria, la de 1793, utilizando el método peor existente, el que valora cada guerra en función de los fines y no de los medios utilizados. No se trata de condenar de manera general el uso de la violencia como hacen los pacifistas puros; en cada época, la guerra constituye una clase bien determinada de violencia por lo que antes de emitir un juicio debemos estudiar bien el mecanismo. El método materialista consiste en analizar antes que nada cualquier hecho humano dando menos importancia a los fines perseguidos que a las consecuencias que necesariamente conlleva el juego mismo de los medios utilizados. No se puede solucionar ni plantear un problema respecto a la guerra sin haber anteriormente desmontado el mecanismo de la lucha militar, o sea, analizado las relaciones sociales que implica en unas condiciones técnicas, económicas y sociales dadas.

Sólo se puede hablar de manera abstracta de la guerra en general; la guerra moderna no tiene nada que ver con lo que significaba este término bajo regímenes anteriores. Por un lado la guerra no es más que la prolongación de esta otra que se llama competencia, y que convierte a la producción misma en una variante de la lucha por la dominación; por otro lado la vida económica, en la actualidad, está orientada hacia una guerra por llegar. En esta mezcla inextricable de lo militar y de lo económico, en la que las armas están al servicio de la competencia y la producción al servicio de la guerra, la guerra no hace otra cosa que reproducir las relaciones sociales que constituyen la misma estructura del régimen, pero a

un nivel más agudizado. Marx demostró de manera contundente que el modo moderno de producción se define mediante la subordinación de los trabajadores a las herramientas de trabajo, herramientas que están en posesión de los que no trabajan; y en el que la competencia, desconociendo cualquier arma que no sea la explotación de los obreros, se convierte en una lucha de cada patrón contra sus propios obreros. De igual manera hoy en día se define la guerra como la subordinación de los combatientes a los instrumentos del combate; y respecto al armamento, verdadero héroe de la guerra moderna, es al igual que los hombres dedicados a su servicio, dirigido por otros que no combaten. Como este aparato de dirección no dispone de otro método para derrotar al enemigo que enviar forzados a sus propios soldados a la muerte, la guerra de un Estado contra otro Estado se convierte rápidamente en una guerra del aparato estatal y militar contra su propio ejército; y la guerra se convierte finalmente en una lucha llevada a cabo por el aparato estatal y los estados mayores contra el conjunto de los hombres en condiciones de empuñar las armas. Sólo que, mientras las máquinas sólo usurpan a los trabajadores su fuerza de trabajo, mientras que los patronos no tienen otro método de atemorizar que el despido, medio relativizado por la posibilidad que tiene el trabajador de poder escoger entre otros patronos, cada soldado es llevado al sacrificio de su propia vida según las exigencias del aparato militar y se le lleva a esto bajo la amenaza de ejecución sin juicio que el aparato del Estado cuelga constantemente sobre su cabeza.

A partir de aquí no tiene ninguna importancia que la guerra sea ofensiva o defensiva, imperialista o nacional; cualquier Estado en guerra utiliza este método en la medida que lo utiliza el enemigo. El fallo enorme de casi todos los estudios sobre la guerra, fallo en el que han caído principalmente los socialistas, reside en considerar la guerra como un episodio de la política exterior, mientras que

representa, antes que nada, un hecho de política interior, el más atroz de todos. No se trata de consideraciones sentimentales o de un supersticioso respeto hacia la vida humana; se trata de una consideración muy sencilla, a saber, que la masacre es la forma más radical de la opresión; y los soldados no es que se expongan a la muerte, es que se les manda a la masacre. De la misma manera que un aparato opresivo, una vez organizado, permanece hasta que se desmonta, cualquier guerra que hace caer el peso de un aparato encargado de dirigir las maniobras estratégicas sobre las masas que obliga a servir como masas de maniobra, debe considerarse, aunque esté dirigida por revolucionarios, como un factor reaccionario. Respecto a la repercusión externa de esta guerra, viene determinada en función de las relaciones políticas establecidas en el interior; las armas dirigidas por un aparato de Estado soberano son incapaces de llevar la libertad a nadie.

Es lo que intuyó Robespierre y que confirmó de manera clara la misma guerra de 1792, que dio origen al concepto de guerra revolucionaria. La técnica militar se hallaba lejos aún en esta época del grado de centralización logrado en nuestra época; sin embargo, después de Federico II, la subordinación de los soldados encargados de ejecutar las operaciones a la alta comandancia encargada de coordinar era muy estricta. En el momento de la Revolución, una guerra, como lo definió Barère, convirtió a Francia en un inmenso campo y confirió, a continuación, al aparato del Estado este poder sin fisura que caracteriza a la autoridad militar. Este fue el cálculo que, en 1792, efectuaron las cortes de los Girondinos; ya que esta guerra, que una leyenda aceptada de manera demasiado fácil por los socialistas hizo aparecer como un impulso espontáneo del pueblo dirigido a la vez contra sus propios opresores y contra los tiranos extranjeros que le amenazaban, representó, de hecho, una provocación por parte de la Corte y de la propia

burguesía conspirando conjuntamente contra la libertad del pueblo. Aparentemente se equivocaron ya que la guerra en vez de traer la unión sagrada que esperaban, reavivó todos los conflictos, antes que nada llevó al rey y después a los girondinos al patíbulo y puso en manos de la Montaña un poder dictatorial. Pero esto no impidió que el 20 de abril de 1792, día de la declaración de la guerra, desapareciera la más mínima esperanza de democracia sin posibilidad de vuelta atrás; y el 2 de junio fue seguido demasiado de cerca por el 9 de termidor cuyas consecuencias condujeron rápidamente al 18 de brumario. ¿Para qué les sirvió a Robespierre y a sus amigos el poder que ejercieron antes del 9 de termidor? El objetivo de su existencia residía no en hacerse con el poder sino más bien en establecer una democracia efectiva, que fuera a la vez democrática y social; fue debido a una sangrienta ironía de la historia que la guerra les condujo a dejar en el papel la Constitución de 1793, a forjar un poder centralizado, a ejercer un terror sangriento que no pudieron ni dirigir contra los ricos, a anular cualquier libertad y a convertirse en los gestores del despotismo militar, burgués y burocrático de Napoleón. Por lo menos se conservaron lúcidos. En la víspera de su muerte, Saint Just escribió esta profunda reflexión: "Sólo los que están en medio de las batallas son los que las ganan, y sólo los que son poderosos se aprovechan de ello". Por lo que respecta a Robespierre, cuando se planteó el problema, se dio cuenta de que, una guerra que no libere ningún pueblo extranjero, ("no se confiere la libertad a golpe de fusil") arrojaría al pueblo francés a las cadenas del poder del Estado, poder que ya no se podría debilitar en el momento en que haría falta luchar contra un enemigo exterior. "La guerra es buena para los militares, para los ambiciosos, para los agitadores, para el poder ejecutivo... Esta elección disculpa de cualquier otro cuidado, ya no se está en deuda con el pueblo

cuando se le ofrece una guerra." Preveía desde entonces el despotismo militar, y no paró de pronosticarlo sin parar no obstante los aparentes éxitos de la Revolución; lo predijo la víspera de su muerte, en su último discurso, y dejó esta predicción como un testamento del que desgraciadamente no tuvieron en cuenta los que posteriormente se proclamaron sus seguidores.

La historia de la Revolución rusa nos ofrece las mismas enseñanzas y con un paralelismo espectacular. La Constitución soviética corrió la misma suerte que la Constitución de 1793; Lenin abandonó sus doctrinas democráticas para instaurar el despotismo de un aparato de Estado centralizado, al igual que Robespierre y, de hecho fue el precursor de Stalin, como lo fue Robespierre respecto a Bonaparte: la diferencia reside en que Lenin, que se había preparado desde hacía tiempo este dominio del aparato del Estado organizando un partido fuertemente centralizado, modificó después sus propias doctrinas adaptándolas a las necesidades del momento; no se le guillotiné e incluso se le utiliza como ídolo de la nueva religión de Estado. La historia de la Revolución rusa es tan sorprendente que la guerra representa, de manera constante, su problema central. La revolución se hizo contra la guerra, por soldados que veían como se desmontaba el aparato gubernamental y militar bajo sus pies, se hartaron de soportar un yugo intolerable. Kerenski, invocando, con una sinceridad involuntaria debida a su ignorancia, los recuerdos de 1792, llamó a la guerra exactamente por las mismas razones que lo hicieron en otro tiempo los girondinos. Trotsky demostró de manera admirable cómo la burguesía concibiendo la guerra como una manera de aplazar los problemas de política interior y de situar de nuevo al pueblo bajo el yugo del poder del Estado, quería convertir "la guerra hasta el agotamiento del enemigo en una guerra hasta el agotamiento de la Revolución". Los bolcheviques llamaban a la lucha

contra el imperialismo; pero era la misma guerra y no el imperialismo lo que debía cuestionarse, así lo entendieron bien cuando, una vez llegados al poder, se vieron obligados a firmar la paz de Brest-Litovsk. El antiguo ejército estaba destrozado y Lenin había repetido después de Marx que la dictadura del proletariado no podía conllevar ni ejército, ni policía, ni burocracia permanentes. Pero los ejércitos blancos y el temor ante posibles intervenciones extranjeras no tardaron en situar a Rusia entera en Estado de Sitio. Se refundó el ejército, se suprimió la elección de los oficiales, se reintegraron treinta mil oficiales del antiguo régimen, se restableció la pena de muerte, la disciplina antigua y el centralismo; de manera paralela se reorganizaron la burocracia y la policía. Ya sabemos lo que este aparato militar, burocrático y policial hizo a continuación con el pueblo ruso.

La guerra revolucionaria es la tumba de la revolución y lo será mientras no se haya dado a los soldados, o mejor, a los ciudadanos armados, los medios para hacer la guerra sin el aparato dirigente, sin presión policial, sin jurisdicción de excepción, sin condenas para los desertores. Hubo una vez, en la historia moderna, que la guerra se hizo de esta manera, durante la Comuna, y nadie ignora como acabó. Parece que una revolución que conlleve una guerra no tenga otra elección que sucumbir bajo los golpes mortíferos de la contrarrevolución o bien convertirse ella misma en contrarrevolución llevada por la mecánica propia de la lucha militar. Ante esto las perspectivas de la revolución parecen más bien pocas; una revolución, ¿puede evitar la guerra? Es en esta frágil disyuntiva donde hay que depositar o abandonar toda esperanza. Tenemos un ejemplo ilustrativo: un país desarrollado no encontraría en caso de una revolución, las dificultades que en la Rusia retrasada sirvieron de base a la barbaridad del régimen de Stalin, pero una guerra de cierta

envergadura, le llevaría a otras como mínimo equivalentes.

Con más razón una guerra provocada por un Estado burgués no hace otra cosa que convertir el poder en despotismo, y el sometimiento en asesinato. Si a veces la guerra puede aparecer como un factor revolucionario, lo será sólo en el sentido en que constituye una prueba incomparable del funcionamiento del aparato del Estado. Puesto en contacto con ella, un aparato mal organizado se descompone; pero si la guerra no se termina enseguida sin que haya manera de dar marcha atrás o bien si la descomposición no va lo suficientemente lejos, estas revoluciones tienen como consecuencia lo que según la fórmula de Marx sería un perfeccionamiento del aparato del Estado en vez de su destrucción. Es lo que ha sucedido hasta ahora. En nuestros días la dificultad que la guerra comporta de manera aguda es la resultante de una oposición cada vez mayor entre el aparato del Estado y el sistema capitalista: el asunto Briey durante la última guerra es un ejemplo clarísimo de ello. La última guerra aportó a los distintos aparatos de Estado cierta autoridad sobre la economía, lo que dio lugar al término completamente erróneo de "socialismo de guerra"; pero el sistema capitalista volvió a funcionar de manera más o menos normal, aunque existieran las barreras aduaneras, de los contingentes o de las monedas nacionales. En una futura guerra las cosas irán seguramente más lejos y sabemos que la cantidad es susceptible de cambiarse en calidad. En este sentido la guerra puede convertirse en nuestra época en un factor revolucionario, pero sólo si se quiere entender el término de revolución en el sentido que lo utilizan los nacional-socialistas; al igual que la crisis, la guerra provocaría una enorme hostilidad hacia los capitalistas, y esta hostilidad, que favorecería la sagrada unión, se volvería a favor del aparato del Estado y no de los trabajadores. Por lo demás, para reconocer los profundos vínculos que

unen el fenómeno de la guerra con el del fascismo, basta con referirse a los textos fascistas que evocan "el espíritu guerrero" y "el socialismo del frente". En los dos casos, se trata de una total anulación del individuo frente a la burocracia del Estado en favor de un fanatismo crispado. Si el sistema capitalista se halla más o menos perjudicado en el asunto, sólo lo estará a expensas y no en provecho de los valores humanos del proletariado, por más lejos que parezcan ir ciertas demagogias.

Lo absurdo de una lucha antifascista que escogiera la guerra como medio de acción aparece así claramente. No solo significaría combatir una opresión salvaje aplastando los pueblos bajo el peso de una masacre todavía más salvaje, sino también extender bajo una fórmula distinta el régimen que se pretendía suprimir. Es ingenuo pensar que un aparato de Estado que se ha vuelto poderoso por medio de una guerra victoriosa dulcificaría la opresión que ejerce sobre su propio pueblo el aparato de Estado enemigo, todavía sería más ingenuo pensar que dejaría que surgiera una revolución proletaria entre el pueblo, aprovechando la derrota sin ahogarla en el mismo momento en la sangre. Respecto a la democracia burguesa anulada por el fascismo, una guerra en absoluto suprimiría sino más bien reforzaría y extendería las causas que la hacen en la actualidad inviable. Parece, de manera general, que la historia obliga cada vez más a toda acción política a escoger entre el aumento de la opresión intolerable que ejercen los aparatos de Estado y una lucha sin cuartel dirigida contra ellos para resquebrajarlos. Las dificultades quizás insalvables que aparecen en nuestros días pueden justificar el abandono puro y sencillo de la lucha. Pero si no se quiere renunciar a actuar, hay que tener claro que sólo se puede luchar contra un aparato de Estado desde su interior. Y principalmente en caso de guerra hay que escoger entre dificultar el funcionamiento de la máquina

militar de la que uno mismo es un engranaje, o bien colaborar con esta máquina a segar ciegamente vidas humanas. La célebre frase de Liebknecht: "El principal enemigo se halla en nuestro propio país" adquiere su pleno significado y se revela aplicable a cualquier guerra en la que los soldados son reducidos a un estado de materia pasiva puesta a disposición de un aparato militar y burocrático: o sea, a todas las guerras mientras persista la técnica actual, hablando de manera absoluta. Y en nuestros días no podemos prever un cambio de técnica. Tanto en la producción como en la guerra, la manera cada vez más colectiva como se organiza el uso de los recursos no modifica en absoluto el carácter esencialmente individual de las funciones de decisión y de dirección; no ha hecho otra cosa que poner cada vez más los brazos o las vidas de las masas a plena disposición de los aparatos de mando.

Mientras no veamos la manera de evitar, en el mismo acto de producción o de combate, este dominio de los aparatos sobre las masas, cualquier tentativa revolucionaria tendrá algo de desesperado; ya que si sabemos a qué sistema de producción o de combate queremos destruir con toda nuestra alma, desconocemos qué sistema que fuera aceptable podría reemplazarle. Y por otro lado cualquier tentativa de reforma aparece como ingenua si se la confronta con las necesidades ciegas que implica este monstruoso engranaje. La sociedad actual parece una enorme máquina que engulle constantemente a los hombres y de la que nadie conoce los mandos; y los que se sacrifican por el progreso social parecen gente que se agarraran a las ruedas y correas de transmisión para intentar parar la máquina pero que igualmente serán tragados por ella. Pero la impotencia en la que en un momento dado puede uno encontrarse, que nunca debe considerarse como definitiva, no nos disculpa de ser fieles para con nosotros mismos, ni justifica una capitulación frente al enemigo aunque se halle

enmascarado. Y bajo todos los nombres en los que se cobija, fascismo, democracia o dictadura del proletariado, el único enemigo principal es el aparato administrativo, policial y militar: no el de enfrente, que no es nuestro enemigo sino en cuanto lo es de nuestros hermanos, sino aquel que se proclama nuestro defensor y hace de nosotros sus esclavos. En cualquier circunstancia, la peor traición consiste siempre en aceptar someterse a este aparato y en arrojarse a sus pies para servirle, tanto por uno mismo como por otros, todos los valores humanos.

Perspectivas. ¿Nos dirigimos hacia la revolución proletaria?

"Sólo tengo desprecio hacia el mortal que se anima con esperanzas vacías"
Sófocles.¹

Ha llegado el momento previsto hace mucho tiempo en el que el capitalismo está a punto de ver como límites infranqueables para su desarrollo. En cualquier perspectiva que se interprete el fenómeno de la acumulación, queda claro que el capitalismo significa esencialmente expansión económica, y que la expansión capitalista se halla cerca del momento en que se enfrentará a los mismos límites de la superficie terrestre. Pero al mismo tiempo el socialismo nunca ha tenido tan pocos signos precursores. Nos hallamos en un periodo de transición, pero ¿transición hacia dónde? Nadie lo sabe. También es sorprendente la inconsciente seguridad con la que nos instalamos en la transición como si fuera una situación definitiva, hasta el punto en que los comentarios respecto a la crisis del régimen han pasado a ser un lugar común. Evidentemente que se puede pensar que el socialismo es para pasado mañana, y convertir esta creencia en un deber o una virtud; mientras se tensa el día a día como pasado mañana respecto al día siguiente se estará seguro de no equivocarse nunca; pero este estado de ánimo no es muy distinto del de las buenas gentes que, por ejemplo, creen en el Juicio final. Si queremos atravesar con energía esta época oscura, nos abstendremos, como el Ajax de Sófocles, de animarnos con falsas esperanzas.

¹ Epígrafe extraído de Ajax de Sófocles

A lo largo de toda la historia los hombres han luchado, han sufrido, han muerto para emancipar a los oprimidos. Los esfuerzos, cuando no han sido vanos del todo, no han llevado a otra cosa que a reemplazar a un régimen opresivo por otro. Marx que ya lo había observado² creyó poder establecer científicamente que hoy en día era distinto y que la lucha de los oprimidos llevaría en la actualidad a una verdadera emancipación y no a una nueva opresión. Es esta idea instalada en nosotros como un artículo de fe, la que hay que revisar, a no ser que queramos cerrar sistemáticamente los ojos ante los acontecimientos de los últimos veinte años. Ahorremos las desilusiones de aquellos que habiendo luchado por la libertad, igualdad y fraternidad se encontraron un buen día que habían logrado, como dice Marx, Infantería, Caballería y Artillería³.

Estos todavía habrán podido sacar alguna enseñanza de las sorpresas de la historia; más triste es la suerte de los que perecieron en 1792 o 1795, en la calle o en las fronteras, persuadidos que pagaban con su vida la libertad del género humano. Si debemos morir en futuras batallas, hagamos lo posible para prepararnos a morir con una clara visión del mundo que abandonamos.

La Comuna de París dio un ejemplo, no sólo del poder creativo de las masas obreras en movimiento sino también de la radical impotencia de un movimiento espontáneo cuando tiene que luchar

² S. Weil se refiere seguramente al "Manifiesto comunista", concretamente a los primeros párrafos del capítulo "Burgueses y proletarios", pero quizá también a su prefacio a la reedición alemana de 1883.

³ Sólo faltaba una cosa para completar la verdadera figura de esta república: (...) sustituir su lema "Libertad, igualdad, fraternidad" por los términos inequívocos de "Infantería, caballería artillería" (Karl Marx "El 18 Brumario de Luis Bonaparte")

contra una fuerza organizada de represión. Agosto de 1914 significó el fracaso de la organización de las masas proletarias en el terreno político y sindical en los cuadros del régimen. A partir de este momento, hubo que abandonar definitivamente cualquier esperanza puesta en este tipo de organización, lo que hicieron no sólo los reformistas, sino también Engels. Pero Octubre de 1917, abrió nuevas y prometedoras perspectivas: se había encontrado la manera de unir la acción legal, el trabajo sistemático de los militantes disciplinados, al bullir espontáneo de las masas. Por todo el mundo se formarían partidos comunistas a los que el partido bolchevique transmitiría su saber; debían sustituir a la socialdemocracia, calificada desde agosto de 1914 por Rosa Luxemburg como un "cadáverapestoso"⁴ y que no tardó en desaparecer de la escena de la historia; debían conquistar el poder en breve. El régimen político creado espontáneamente por los obreros de París en 1871, y después por los de San Petesburgo en 1905, se instaló sólidamente en Rusia y se extendió pronto por la superficie del mundo civilizado. Era evidente que el aplastamiento de la revolución rusa, mediante la intervención brutal del imperialismo extranjero podía borrar estas brillantes perspectivas, pero a no ser que esto sucediera, Lenin

⁴ La biografía de Rosa Luxemburg (Zomase 1871, Berlin 1919). J.P. Nette (La vida y la obra de Rosa Luxemburg) no refleja ninguna expresión de este género en las tomas de partido de R.L. después del 4 de agosto de 1914. El tono moderado de su primera declaración respecto a la "capitulación" de la socialdemocracia contrasta con la expresión citada por S. Weil. En su primer artículo publicado en abril de 1915 no utilizó esta retórica: "Es a través de la crítica inexorable y profunda de nuestras propias debilidades, de nuestra caída moral después del 4 de agosto (...) que podremos resucitar la Internacional". Contrariamente Lenin escribe en Pravda: "He citado a Rosa Luxemburg quien, el 4 de agosto de 1914 calificó a la socialdemocracia de "cadáverapestoso".

y Trotsky estaban seguros de introducir en la historia precisamente esta serie de transformaciones y no otras.

Ya han pasado quince años⁵. La revolución rusa no ha sido aplastada. Sus enemigos interiores y exteriores han sido derrotados. Sin embargo, en ningún lugar del mundo, incluido el territorio ruso, existen soviets; en ningún lugar del mundo, incluido el territorio ruso, existe un partido comunista propiamente dicho. El "cadáver apestoso" de la socialdemocracia ha continuado durante quince años corrompiendo la atmósfera política, lo que ciertamente no es obra de un cadáver; si al final se le ha desplazado lo ha sido por el fascismo y no por la revolución. El régimen surgido de octubre y que debía extenderse o perecer, se ha adaptado bastante bien durante quince años a los límites de las fronteras nacionales.⁶ En la actualidad su función exterior consiste, como lo demuestran con evidencia los acontecimientos de Alemania, en estrangular la lucha revolucionaria del proletariado. La burguesía reaccionaria ha acabado dándose cuenta de que se halla cerca de perder toda la fuerza de expansión, y se pregunta si no podría, en la actualidad, utilizarlo pactando con él de cara a futuras guerras, alianzas defensivas y ofensivas (cf. Deutsche Allgemeine Zeitung, del 27 de mayo). A decir verdad, este régimen se parece al que creía instaurar Lenin en la medida que excluye casi completamente la propiedad capitalista; en cuanto al resto es exactamente una copia. En lugar de una efectiva libertad de prensa, existe la imposibilidad de

⁵ En enero de 1933, en "La Critique Sociale" nº 7. B. Souvarine había hablado de "Quince años después" que se puede ligar a este texto de S. W.

⁶ Es a finales de 1921 que Stalin, a partir de trozos de textos de Lenin, fabrica su teoría del "Socialismo en un solo país".

expresar un juicio libre en la forma de documento impreso o dactilografiado, o manuscrito, o incluso por la simple palabra, sino se quiere correr el riesgo de una deportación; en lugar de un libre juego de los partidos en el marco del sistema soviético, "un partido en el poder y el resto en la cárcel"⁷; en lugar de un partido comunista destinado a unir en vistas a una labor común a los hombres que poseen el más alto grado de dedicación, de conciencia, de cultura, de espíritu crítico, existe una simple maquinaria administrativa, instrumento pasivo en manos del Secretariado⁸ que, según afirma Trotsky, lo único que tiene de partido es el nombre; en vez de soviets, sindicatos y cooperativas funcionando democráticamente y dirigiendo la vida económica y política, organismos que llevan los mismos nombres pero reducidos a meros aparatos administrativos; en lugar del pueblo armado y organizado en milicias con el fin de asegurar por él mismo la defensa hacia el exterior y el orden en el interior, un ejército permanente, una policía incontrolada y armada cien veces mejor que la del Zar; en fin, y sobre todo, en lugar de funcionarios elegidos, controlados y revocables permanentemente, que deberían

⁷ La frase es de Mikhail Tomsky, miembro a la vez del comité político del partido comunista y presidente del consejo central de los sindicatos. Citado por Boris Souvarine en "Rusia desnuda" según "Troud", el periódico de los sindicatos del 13 de noviembre de 1927. Ver la reedición del libro de Souvarine, "L'URSS en 1930. Ivrea 1997, pp. 219-220.

⁸ Se trata del Secretariado del comité político del partido comunista. La función de secretario general la ocupó desde 1922, Stalin. En 1904 durante los debate entre mencheviques y bolcheviques, Trotsky en "Nuestras tareas políticas" previó la evolución que conocería un partido concebido siguiendo las ideas de Lenin: "...la organización del Partido sustituye al Partido, el comité central sustituye a la organización y, en resumen, el dictador sustituye al comité central"

asegurar la gobernabilidad en espera del momento en que "cada cocinera aprendiera a gobernar el Estado"⁹, una burocracia permanente y responsable, reclutada entre afines y poseyendo, mediante la concentración en sus manos de todo el poder político y económico, un poder desconocido hasta hoy en la historia.

La novedad misma de este régimen hace difícil su análisis. Trotsky continua diciendo que se trata de una "dictadura del proletariado", de un "Estado obrero" aunque con "deformaciones burocráticas" y que respecto a la necesidad de un tal régimen de extenderse o desaparecer, Lenin y él sólo se han equivocado en los plazos. Pero cuando un error de cantidad llega a tales proporciones hay motivos para creer que se trata de un error de calidad, o dicho de otra forma, sobre la misma naturaleza del régimen del que se quieren definir las condiciones de existencia. Por otro lado, llamar a un Estado "Estado obrero" cuando se dice por otro lado que cada obrero se sitúa económica y políticamente bajo la completa discreción de una casta burocrática parece una broma de mal gusto. En cuanto a las "deformaciones", este término, especialmente mal situado con respecto a un Estado cuyas características son exactamente lo opuesto de lo que teóricamente comporta un Estado obrero, parece indicar que el régimen estalinista sería una especie de anomalía o de enfermedad de la revolución rusa. Pero la distinción entre lo patológico y lo normal no tiene valor teórico. Descartes decía que un reloj

⁹ S. W. cita de manera errónea un pasaje de un texto de Lenin "¿Los bolcheviques guardarán el poder?", 1917: "No somos utópicos, sabemos que el primer peón o la primera cocinera llegados no son capaces sobre el terreno de participar en la gestión del Estado. Pero (...) exigimos (...) que se empiece sin demora a hacer participar en este aprendizaje en materia de gestión del Estado a todos los trabajadores"...

desequilibrado no es una excepción a las leyes del reloj sino más bien un mecanismo distinto obedeciendo sus propias leyes.¹⁰ De igual manera hay mecanismos del régimen estalinista que son únicamente las piezas de una administración centralizada de la que depende completamente toda la vida económica, política e intelectual del país. Para un régimen así, el dilema "expandirse o desaparecer" no sólo no es válido sino que no tiene sentido: el régimen estalinista como sistema de opresión es tan poco contagioso como podría serlo el imperio para los países vecinos de Francia. La concepción según la cual el régimen estalinista constituiría una simple transición, ya sea hacia el socialismo o hacia el capitalismo, es arbitraria. La opresión de los obreros no es evidentemente una etapa hacia el socialismo. La "máquina burocrática y militar", que a los ojos de Marx¹¹ constituía el verdadero obstáculo a la posibilidad de una marcha continua hacia el socialismo mediante la simple acumulación de reformas sucesivas, no ha perdido esta propiedad por el hecho que, contrariamente a las previsiones, sobrevive a la economía capitalista. En cuanto a la restauración del capitalismo, que no podría producirse más que como una especie de colonización, no es en absoluto imposible en razón de la avidez propia a todos los imperialismos, y de la

¹⁰ René Descartes, 1ª Meditación: "Como un reloj, compuesto por ruedas y contrapesos, no hace otra cosa que observar exactamente las leyes de la naturaleza, cuando está mal hecho y que no señala bien las horas..." S.W. había defendido su "Diploma de estudios superiores" con la tesis "Ciencia y percepción en Descartes"

¹¹ S. W. hace alusión a la fórmula que K. Marx utiliza en una de sus cartas a Ludwig Kugelmann (12 abril 1871): "Si lees el último capítulo de mi 18 Brumario verás que expreso una idea según la cual la próxima tentativa de la revolución en Francia no deberá, como en la actualidad, hacer pasar la máquina burocrático-militar de una mano a otra, sino que deberá destruirla..."

debilidad económica y militar de la URSS. Sin embargo, las rivalidades que oponen a los distintos imperialismos impiden, hasta el momento, que la relación de fuerzas sea devastadora para Rusia. En cualquier caso, la burocracia soviética no se dirige en absoluto hacia una capitulación, por lo que el término transición sería impropio. Nada indica que la burocracia de Estado rusa prepare el terreno a otra dominación del proletariado o de la burguesía.

En realidad las poco convincentes explicaciones con las que los militantes formados en el bolchevismo intentan evadir el reconocimiento de la absoluta falsedad de las esperanzas puestas en octubre de 1917, se fundamentan en el prejuicio de estas mismas perspectivas, o sea sobre la afirmación considerada como un dogma, de que en el momento presente sólo puede haber dos tipos de Estado: el Estado capitalista y el Estado obrero. La evolución del régimen surgido en octubre representa el mayor desmentido a este dogma. Nunca ha existido sobre la superficie de la Tierra un Estado obrero a no ser durante algunas semanas en París en 1871 y quizás algunos meses en Rusia en 1917 y 1918. Por el contrario, sobre una sexta parte del globo reina, desde hace quince años, un Estado tan opresor como cualquier otro, que no es ni capitalista ni obrero. Evidentemente Marx no había previsto nada parecido. Pero tampoco Marx nos es más apreciado que la verdad.

El otro fenómeno importante de nuestra época, me refiero al fascismo, no entra más fácilmente que el Estado ruso en los esquemas del marxismo clásico. Ahí también, evidentemente, existen lugares comunes propios para librarse de la penosa obligación de reflexionar. De la misma manera que la URSS es un "Estado obrero" más o menos "deformado", el fascismo es un movimiento de masas pequeño-burguesas, que se funda sobre la demagogia y que "constituye la última carta de la

burguesía antes del triunfo de la Revolución"¹². Ya que la decadencia del movimiento obrero ha llevado a los teóricos a representar la lucha de clases como un duelo o un juego entre socios conscientes, y cada acontecimiento social o político como una maniobra entre socios; concepción que es tan distante con el materialismo como la mitología griega. Existen círculos restringidos de grandes financieros, de grandes industriales, de políticos reaccionarios que defienden conscientemente lo que creen constituir los intereses políticos de la oligarquía capitalista; pero son incapaces tanto de impedir como de suscitar un movimiento de masas como el fascismo, o de dirigirlo. De hecho lo han, a ratos, ayudado, y otras veces combatido, han intentado convertirlo en un instrumento dócil y por otro lado han acabado por capitular ante él. Evidentemente, es la presencia de un proletariado exasperado que convierte para ellos esta capitulación en un mal menor. De todas maneras el fascismo es algo muy distinto de una carta en sus manos. La brutalidad con la que Hitler despidió a Hugenberg como si se tratara de un criado independientemente de las quejas de Krupp¹³ es representativa a este respecto. No se debe olvidar que el fascismo acaba con el juego de los partidos surgidos del régimen burgués y que ninguna

¹² S.W. se refiere a la idea extendida desde 1923 entre las filas de la Internacional comunista y que conoció un cierto auge después de la toma del poder por parte de Hitler. Durante el plenario de la I.C. de junio de 1923, Clara Zetkin declaraba en su discurso: "La burguesía descubre que a la larga los socialistas reformistas (...) han perdido su influencia entre el proletariado. No le queda más que utilizar la violencia contra los trabajadores (...). Pero los medios del Estado burgués no bastan, así que precisan de otra organización que se le presente con la masa variopinta de los fascistas (...).

¹³ Antiguo director de los establecimientos Krupp convertido en magnate de la prensa y patrón de la firma cinematográfica UF.

dictadura burguesa, incluso en tiempo de guerra había suprimido; y que instaló en su lugar un régimen político cuya estructura es parecida a la del régimen ruso tal como la definió Tomsy: "Un partido en el poder y los demás en la cárcel". Añadamos que la subordinación mecánica del partido al jefe es la misma en ambos casos, garantizada por la policía. Pero la soberanía política no existe sin la soberanía económica; de esta manera el fascismo tiende a acercarse al régimen ruso tanto en el terreno económico, mediante la concentración de todos los poderes, tanto económicos como políticos, en manos del jefe del Estado. Pero en este terreno el fascismo se enfrenta a la propiedad capitalista que no quiere destruir. Esto representa una contradicción que no se sabe a dónde lleva. Pero, de la misma manera que el mecanismo del Estado ruso no puede explicarse debido a sencillas "deformaciones", esta contradicción esencial del movimiento fascista no halla su explicación en la simple demagogia. Lo que sí es cierto es que si el fascismo italiano no logró concentrar los poderes políticos sino después de muchos años que debilitaron su impulso, el nacional-socialismo por el contrario, que llegó a los mismos resultados en menos de seis meses, mantiene una enorme energía y tiende a ir mucho más lejos. Como lo demuestra un informe de una gran sociedad anónima alemana que citó l'Humanité sin darse verdadera cuenta de su significado, la burguesía se inquieta frente a la amenaza del imperio estatal. Y evidentemente Hitler creó organismos con un poder soberano para condenar a obreros y patronos a diez años de trabajos forzados y confiscar sus empresas.

Se intenta inútilmente, para encajar como sea el nacional-socialismo dentro los esquemas del marxismo, de encontrar en el interior mismo del movimiento una forma camuflada de la lucha de clases entre la base espontáneamente socialista y los jefes que representan los intereses del gran capital para lo que deberían drogar a las masas

mediante una hábil demagogia. De entrada, nada permite afirmar con certeza que Hitler y sus lugartenientes, cualquiera que sean sus lazos con el capital monopolista, son sólo simples instrumentos. Y sobre todo la orientación de las masas hitlerianas que sí son violentamente anticapitalistas, de ninguna manera es socialista, como tampoco lo es la propaganda demagógica de los jefes ya que no se trata de entregar la economía en manos de los productores agrupados en organizaciones democráticas, sino más bien en manos del aparato del Estado. Aunque la influencia de los reformistas y los estalinistas hayan hecho que se olvidara durante mucho tiempo, el socialismo es la soberanía económica de los trabajadores y no de la máquina burocrática y militar del Estado. Lo que se ha dado en llamar el ala "nacional-bolchevique" del movimiento hitleriano no es en ningún concepto socialista. Así pues, los dos fenómenos políticos que dominan nuestra época no pueden, ni uno ni otro, situarse en el marco tradicional de la lucha de clases. Lo mismo sucede con toda una serie de movimientos contemporáneos surgidos después de la guerra y dignos de tener en cuenta por sus afinidades tanto con el estalinismo como con el fascismo. En ellos incluiríamos, por ejemplo, la revista alemana Die Tat¹⁴, que reúne a una pléyade de jóvenes y brillantes economistas, muy cercana al nacional-socialismo y considera a la URSS como el modelo del Estado futuro, llegando casi a la abolición de la propiedad privada: en estos momentos preconiza una alianza militar entre Rusia y la Alemania hitleriana. En Francia tenemos algunos ambientes como el de la revista Plans¹⁵ donde hallamos una

¹⁴ Ver nota 17.

¹⁵ La revista "Plans" (nº 1, 1 enero 1931: nº 13, marzo 1932), financiada por el arquitecto P. Winter, tenía entre sus redactores a Hubert Lagardelle, Philippe Lamour, Le

ambigüedad parecida. Pero el movimiento más significativo a este respecto, es este movimiento tecnocrático que, según se dice, en un reducido espacio de tiempo ha cubierto la superficie de los Estados Unidos; es público que preconiza, dentro de los límites de una economía nacional cerrada, la abolición de la competencia y de los mercados, y una dictadura económica ejercida de manera soberana por los técnicos. Este movimiento que a menudo se ha relacionado con el estalinismo y el fascismo, tiene tanto significado ya que se le presupone influencia sobre el círculo de intelectuales de Columbia que en estos momentos son los consejeros de Roosevelt.¹⁶ Estas corrientes de ideas son algo completamente nuevo y confieren a nuestra época su propio carácter. Por lo demás, el periodo actual, por más confuso que sea y más rico en corrientes políticas de cualquier tipo, antiguas y nuevas, parece carecer de movimiento, tanto más que según las previsiones debería ser éste el elemento esencial, a saber la lucha por la emancipación económica y política de los trabajadores. Se pueden encontrar, dispersos aquí y allá y desunidos por turbias disputas, un puñado de antiguos sindicalistas y comunistas sinceros; algunas organizaciones han conservado casi intactas las consignas socialistas. Pero el ideal de una sociedad dirigida en el terreno económico y político por la cooperación de los trabajadores ya no

Corbusier. Se puede consultar a este respecto las reseñas publicadas en "La Critique sociale".

¹⁶Franklin D. Roosevelt (1882-1945) fue elegido presidente de los EE.UU. en noviembre de 1932. En marzo de 1933, el Congreso le otorga poderes de urgencia para combatir la crisis y vota las leyes del New Deal. Es aconsejado por Cordell Hull (Asuntos extranjeros), Harold Ickes (Interior), Henry Wallace (Agricultura), Henry Morgenthau (Tesoro), Harry Hopkins.

conduce a casi ningún movimiento de masas, ya sea espontáneo u organizado; y esto en el mismo momento que no se habla de otra cosa, en todos los medios, que del fracaso del capitalismo.

Ante este estado de cosas uno es llevado, si se quiere mirar la realidad de frente, a preguntarse si el sucesor del régimen capitalista no será, más que la libre asociación de los productores, un nuevo sistema de opresión. A este respecto quiero lanzar una idea como simple hipótesis para que la examinen los camaradas. Resumiendo, se puede decir que hasta ahora la humanidad ha conocido dos principales formas de opresión, una, esclavitud o servidumbre ejercida en nombre de la fuerza armada, la otra, en nombre de la riqueza transformada de esta manera en capital; se trata de saber si en este momento no le está sucediendo una opresión de nueva especie, la opresión ejercida en nombre de la función.

La lectura misma de Marx¹⁷ muestra claramente que ya hace medio siglo, el capitalismo había sufrido profundas modificaciones y de tal naturaleza como para cambiar el mecanismo mismo de la opresión. Esta transformación no ha hecho más que acentuarse desde la muerte de Marx hasta nuestros días y a un ritmo particularmente acelerado durante el periodo de después de la guerra. En Marx ya aparece que el fenómeno que define el capitalismo, a saber la compra y la venta de la fuerza de trabajo se ha convertido, durante el desarrollo de la gran industria, en un factor subordinado en la opresión de las masas trabajadoras, el instante decisivo, en cuanto a la servidumbre del trabajador ya no es cuando en el mercado de trabajo, el obrero vende su

¹⁷ El examen de las citas de Marx que S. Weil da en sus textos induce a pensar que las traducía ella misma del alemán. Sus citas del *Capital* no corresponden ni a la edición Lachâtre (1872-1875. trad. Joseph Roy) revisada por el mismo Marx, ni a la edición A. Costes (1924. trad. J. Molitor).

tiempo al patrón, sino más bien cuando traspasado el umbral de la fábrica es atrapado por la empresa. A este respecto, son conocidas las terribles fórmulas de Marx: "en la artesanía y la manufactura, el trabajador se sirve de la herramienta; en la fábrica, está al servicio de la máquina." "El cambio (de la relación entre el trabajador y las condiciones del trabajo) no se produce de manera palpable en la misma técnica hasta la llegada del maquinismo." "La separación de fuerzas espirituales del proceso de producción con el trabajo manual, y su transformación en fuerzas de opresión del capital sobre el trabajo se realiza plenamente (...) en la gran industria construida sobre la base del maquinismo. La insignificancia del destino individual (...) del obrero que trabaja en la máquina desaparece como una insignificancia ante la ciencia, las formidables fuerzas naturales y el trabajo colectivo que cristalizan en el sistema de las máquinas y constituyen el poder del patrón.¹⁸ Si se desdeña la manufactura, que puede ser vista como una simple transición, se puede decir que la opresión de los obreros asalariados fundada en un principio esencialmente en las relaciones de propiedad y de cambio en la época de los talleres, bajo el maquinismo se convirtió en un simple aspecto de las relaciones contenidas en la misma técnica de la producción. A la oposición creada por el dinero entre compradores y vendedores de la fuerza de trabajo se le añade otra oposición generada por el mismo medio de la producción, entre los poseedores de la máquina y los que son poseídos por ella. La experiencia rusa ha demostrado que contrariamente a lo que Marx había aceptado demasiado apresuradamente, la primera de estas oposiciones puede suprimirse sin que desaparezca la segunda. En los países capitalistas, coexisten estas dos oposiciones y esta coexistencia crea una gran

¹⁸ K. Marx. El Capital. Libro I, IV Sección "Maquinismo y gran Industria".

confusión. Los mismos hombres se venden al capital y sirven a la máquina; por el contrario no siempre son los mismos hombres los que disponen de los capitales y los que dirigen la empresa. A decir verdad, existía, no hace mucho, una categoría de obreros que siendo asalariados no eran simples engranajes vivientes al servicio de las máquinas, sino que ejercían su trabajo utilizando las máquinas con tanta libertad, iniciativa e inteligencia que el artesano que manejaba su herramienta, eran los obreros cualificados. Esta categoría de obreros que en cada empresa constituían el factor esencial de la producción ha sido progresivamente suprimida por la racionalización; en la actualidad un regulador se encarga de disponer una cierta cantidad de máquinas según las exigencias del trabajo a realizar y el trabajo lo realizan bajo sus órdenes unos peones especializados, capaces de hacer funcionar un solo tipo de máquina mediante gestos mecánicos en los que la inteligencia no interviene en absoluto. De esta manera, la fábrica se divide en la actualidad en dos sectores absolutamente delimitados, los que realizan el trabajo sin tener ninguna parte activa en el mismo y los que dirigen el trabajo sin ejecutar nada. Entre estas dos categorías de una empresa, la misma máquina se convierte en una barrera infranqueable. Al mismo tiempo, el desarrollo de sistemas de sociedades anónimas ha establecido una barrera, a decir verdad no del todo precisa, entre los que dirigen la empresa y los propietarios. Un hombre como Ford, a la vez capitalista y jefe de empresa, aparece hoy en día como un residuo del pasado, tal como lo ha señalado el economista americano Pound¹⁹. "Las empresas, escribió Palewski en un libro publicado en 1928, tienen tendencia cada vez más a independizarse del dominio de esos capitanes

¹⁹ Se trata del escritor y poeta Ezra Pound. Simone Weil se apoya en este escrito *ABC of Economics* (Londres, Faber and Faber, 1933)

de industria, jefes y dominadores primitivos del negocio (...) La era de los conquistadores pertenece cada vez más al pasado. Estamos llegando a la era que se ha denominado "los técnicos de la dirección" y estos técnicos se hallan igualmente alejados tanto de los ingenieros y de los capitalistas como de los obreros. El jefe ya no es el capitalista dueño de la empresa, le ha sustituido un consejo de técnicos. Estamos todavía viviendo en este pasado tan cercano que nuestra mente tiene dificultades para entender esta evolución".²⁰

Nos hallamos ante un fenómeno que Marx entendió. Pero mientras en la época de Marx el personal administrativo de la empresa no era otra cosa que un equipo de empleados al servicio de los capitalistas, hoy en día, frente a los pequeños accionistas relegados a la simple función de parásitos y a los grandes capitalistas ocupados principalmente en el juego financiero, los "técnicos de la dirección" constituyen una base social distinta cuya importancia crece y absorbe una gran cantidad de beneficio. Laurat, analizando en su libro sobre la URSS el mecanismo de la explotación ejercida por la burocracia, señala que "el gasto personal de los burócratas²¹" resulta desproporcionado en su conjunto, respecto al valor de los servicios prestados por ellos, "realizado de manera regular y en concepto de salario fijo" se realiza casi independiente de las necesidades de acumulación que no se incluyen en el apartado "beneficios" hasta que los "gastos de

²⁰ Jean Paul Palewski, Histoire des chefs d'entreprise. Gallimard, 1928, pag. 247-248

²¹ Lucien Laurat (seudónimo de Otto Maschl, 1898-1973). L'Économie soviétique, sa dynamique, son mécanisme. Valois, 1931. En esta obra Laurat afirma: "La oligarquía burocrática de la URSS es una clase con unos ingresos provenientes de la explotación de la población" (pag. 163). Atribuye este descubrimiento a Boris Souvarine con quien colabora desde principios de los años veinte.

administración" o sea, las necesidades de la burocracia están colmadas; y opone a este sistema el sistema capitalista en el que "la necesidad de acumulación prima sobre el pago del dividendo". Pero olvida que, si la acumulación prima sobre los dividendos, los "gastos de administración" tanto en las sociedades capitalistas como en la URSS están por delante de la acumulación. Nunca este fenómeno ha sido tan impactante como hasta hoy en el que empresas a un paso de la quiebra, habiendo despedido multitud de obreros, trabajando a una tercera o a una cuarta parte de su potencial de producción, mantienen casi entero un aparato administrativo compuesto por algunos directivos generosamente retribuidos y por empleados mal pagados, pero completamente desproporcionada respecto al ritmo de producción. De esta manera, hay en la empresa tres capas completamente distintas: los obreros, instrumentos pasivos de la empresa, los capitalistas, cuyo dominio se basa en un sistema económico en vías de extinción, y los administradores, que se apoyan en una técnica cuya evolución no hace sino aumentar su poder.

Este desarrollo de la burocracia en la industria no es más que un aspecto, quizás el más característico, de un fenómeno general. Lo esencial de este fenómeno reside en la especialización que crece a diario. La transformación que se ha operado en la industria en la que los obreros cualificados, capaces de entender y manejar todas las máquinas han sido sustituidos por peones especializados, preparados de manera automática para servir una sola máquina; esta transformación es la muestra de una evolución que se ha producido en todos los terrenos. Si los obreros ignoran cada vez más los conocimientos técnicos, los técnicos, por su parte, son a menudo ignorantes de la práctica del trabajo dado que su conocimiento se limita, en muchos casos, a un aspecto muy concreto; en América se han creado ingenieros especializados, como si se tratase de

vulgares peones, solo en unas determinadas máquinas y, cosa curiosa, la URSS se apresuró a imitar a América en esto. Es evidente que los técnicos ignoran los fundamentos teóricos que utilizan. Los sabios, por su parte, no solo permanecen alejados de los problemas técnicos sino que se ven cada vez más privados de aquella visión de conjunto que constituye la esencia misma de la cultura teórica. Se podría contar con los dedos de la mano los sabios que en todo el mundo tienen una visión de la historia y del desarrollo de su propia ciencia; no existe ninguno que sea competente en las otras ciencias que no sea la suya. Como la ciencia constituye un todo indivisible, se puede afirmar que ya no existen sabios sino solo peones del trabajo científico, eslabones de un conjunto que no logran abarcar. Se pueden multiplicar los ejemplos. En casi todos los dominios, el individuo encerrado dentro de los límites de una actitud restringida, se encuentra cogido dentro de un marco que le supera, dentro del que debe organizar toda su actividad sin poder entender su funcionamiento. Ante una situación de este tipo, nace una función que va tomando una importancia primordial, la que se dedica simplemente a coordinar; se la puede designar como función administrativa o burocrática.

La rapidez con la que la burocracia ha invadido casi todas las ramas de la actividad humana es algo alucinante cuando uno se pone a pensar en ello. La fábrica racionalista en la que el hombre se halla privado, en provecho de un mecanismo inerte, de cualquier cosa que signifique iniciativa, inteligencia, saber, método, es como una imagen de la sociedad actual. La máquina burocrática al estar formada por carne, y por carne bien alimentada, no por ello es menos irresponsable e igual de inconsciente que las máquinas de hierro y acero. Toda la evolución de la sociedad actual tiende a desarrollar las distintas formas de opresión burocrática y a conferirles una especie de autonomía respecto del capitalismo

propriadamente dicho. Debemos, en este punto, definir este nuevo factor político de manera más clara del que pudo hacerlo Marx. A decir verdad, Marx había entendido bien la fuerza de opresión que conlleva la burocracia. Había visto que el verdadero obstáculo a las reformas emancipadoras no lo constituía el sistema de intercambio y de la propiedad sino más bien "la maquinaria burocrática y militar" del Estado. Había entendido bien que la tara más vergonzosa que debía borrar el socialismo no era el asalariado sino más bien, "la división degradante del trabajo manual y del trabajo intelectual" o, según otra definición "la separación entre las fuerzas espirituales del trabajo y el trabajo manual". Pero Marx no se preguntó si tal vez no se trataba de un orden de problemas independiente de los problemas que plantea el juego de la economía capitalista propiadamente dicha. Aunque presencié la separación de la propiedad y de la función en la empresa capitalista no se interrogó sobre si la función administrativa en la medida en que es permanente, no podría independientemente del monopolio de la propiedad, originar una nueva clase opresora. Y aunque sí se ve cómo una revolución puede "expropiar a los expropiadores"²², no se ve, en cambio, cómo un modo de producción, fundado en la subordinación de los que ejecutan a los que coordinan podría no producir, de manera automática, una estructura social, definida por la dictadura de una casta burocrática. No es que no se pueda imaginar un control y un sistema de rotación que restableciera

²² Karl Marx: "La Comuna, dice, pretende suprimir la propiedad, cimiento de toda civilización. Sí señores, la Comuna pretendía suprimir esta propiedad de clase, que hace que el trabajo de la multitud se convierta en riqueza de unos pocos. Se dirigía a la expropiación de los expropiadores", en "La Guerra civil en Francia."

la igualdad tanto en el estado como en el proceso mismo de la producción industrial; pero, de hecho, cuando una capa social se halla dotada de cualquier monopolio, lo mantiene hasta que sus mismas bases sean minadas por el desarrollo histórico. Fue así como cayó el feudalismo, no por la presión de las masas populares mediante la fuerza armada, sino por la sustitución de la guerra por el comercio como principal medio de dominación. Igualmente la capa social definida mediante el ejercicio de las funciones de administración nunca aceptará, cualquiera que sea el régimen legal de la propiedad, abrir el acceso a estas funciones a las masas trabajadoras, enseñar a "cada cocinera a gobernar el Estado" o a cada peón a dirigir la empresa. Cualquier régimen de dominación de una clase sobre otra responde en suma, en la historia, a la distinción entre una función social dominante y una o varias subordinadas; así en la edad media, la producción era algo subordinado con respecto a la defensa a mano armada de los campos; en la etapa siguiente, la producción, eminentemente industrial, se encontró subordinada a la circulación. Habrá socialismo cuando la función dominante sea el mismo trabajo productivo; pero esto no puede ocurrir mientras dure un sistema de producción en el que el trabajo propiamente dicho se halle subordinado, por el intermediario de la máquina, a la función consistente en coordinar los trabajos. Ninguna expropiación puede solucionar este problema contra el que se estrelló el heroísmo de los obreros rusos. La supresión de la división de los hombres en capitalistas y proletarios no lleva consigo la desaparición, ni siquiera progresivamente, de "la separación entre las fuerzas espirituales del trabajo y el trabajo manual".

Los tecnócratas americanos han elaborado un cuadro encantador de una sociedad en la que habiendo suprimido el mercado, los técnicos eran

todopoderosos²³ y utilizaban su poder para dar a todos el máximo de placer y bienestar posible. Esta concepción recuerda, por su carácter utópico, la del despotismo ilustrado tan querida por nuestros padres. Todo poder exclusivo y no controlado se convierte en opresivo en manos de los que detentan el monopolio. Y desde el momento actual se ve claramente como se dibuja, en el interior mismo del sistema capitalista, la acción opresora de esta nueva capa social. En el terreno de la producción, la burocracia, mecánica irresponsable, engendra, como lo ha anotado Laurat a propósito de la URSS, por un lado, un parasitismo sin límites, y, por otro, una anarquía que, independientemente de todos los "planes" equivale como mínimo a la anarquía originada por la competencia capitalista. En cuanto a las relaciones entre la producción y el consumo sería absurdo esperar que una casta burocrática, ya sea rusa o americana, la restablezca subordinando la primera a la segunda. Cualquier grupo humano que ejerce un poder, lo ejerce no para hacer felices a los que tiene sometidos, sino para acrecentar su poder; es una cuestión de vida o muerte para cualquier dominación. Mientras la producción se mantuvo en un estadio primitivo, la cuestión del poder se resolvía con las armas, las transformaciones económicas lo llevaron al mismo plano de la producción; de esa manera nació el régimen capitalista. La evolución del régimen restableció a continuación la guerra como medio esencial de lucha por el poder, pero bajo otra forma; hoy en día la superioridad de la lucha militar supone la superioridad en la misma producción. Si la producción en manos de los capitalistas tiene como finalidad el juego de la competencia, tendría necesariamente como finalidad en manos de los técnicos organizados en una burocracia de Estado, la

²³ Simone Weil anticipa aquí los análisis de Bruno Rizzi (*La Burocratización del mundo*, 1939) y de James Burnham (*The Managerial revolution*, 1941)

preparación de la guerra. Por lo demás, como ya lo comprendió Rousseau, ningún sistema de opresión tiene el mínimo interés por la felicidad de los oprimidos; es en la miseria donde la opresión puede cargar de la manera más cómoda con todo su peso. En cuanto a la atmósfera moral que puede producir un régimen de dictadura burocrática, desde ahora nos podemos dar cuenta de lo que puede dar de sí. El capitalismo no es otra cosa que un sistema de explotación del trabajo productivo; si se exceptúan las tentativas de emancipación del proletariado, ha dado alas en todos los ámbitos a la iniciativa, al libre conocimiento, a la invención, al genio. Por el contrario, la máquina burocrática, que excluye cualquier juicio e inteligencia, tiende por su misma estructura a la totalidad de poderes. Amenaza la misma existencia de todo lo que tiene valor para nosotros del régimen burgués. En lugar de la confrontación de las opiniones opuestas, se tendría, con respecto a todo, una opinión oficial de la que nadie puede desviarse; en lugar del cinismo propio del sistema capitalista, que diluye todos los lazos de hombre a hombre para sustituirlos por puras relaciones de interés, un fanatismo cuidadosamente cultivado, creador de miseria, entre las masas, no una carga soportada de una manera pasiva sino un sacrificio libremente consentido; una mezcla de devoción mística y de bestialidad sin freno, una religión del Estado que ahogaría todos los valores individuales, o sea todos los verdaderos valores. El sistema capitalista e incluso el régimen feudal, que por el desorden que conllevaba permitía a individuos y colectividades desarrollarse de una manera independiente, sin hablar de aquel dichoso régimen griego en el que los esclavos eran destinados a alimentar a los hombres libres, todas estas formas de opresión aparecen como formas de vida libre y dichosa de la mano de un sistema que negaría metódicamente toda iniciativa, toda cultura, todo pensamiento. ¿Nos hallamos verdaderamente

amenazados de ser sometidos a un régimen de este tipo? Nos hallamos más que amenazados; parece que lo veamos desarrollarse ante nuestros ojos. La guerra que se perpetúa bajo la forma de preparación de la guerra, ha conferido de una vez por todas un papel importante en la producción al aparato del estado. Aunque aún en plena lucha, los intereses de los capitalistas hayan pasado por delante de los intereses de la defensa nacional, como nos lo muestra el ejemplo de Briey²⁴, la preparación sistemática de la guerra supone para cada Estado una cierta reglamentación de la economía, una cierta tendencia a la independencia económica. Por otro lado, la burocracia se ha desarrollado monstruosamente en todos los terrenos después de la guerra. Todavía no se ha convertido en un sistema de opresión: aunque se haya infiltrado por todos los lados, permanece, sin embargo, difusa, dispersa en multitud de aparatos que el mismo juego del régimen capitalista impide cristalizarse en un núcleo central. Fried, el principal teórico de la revista "Die Tat", decía en 1930: "Nos hallamos prácticamente bajo el dominio de la burocracia sindical, de la burocracia industrial y de la burocracia de Estado, y estas tres burocracias se parecen tanto que podríamos colocar una en lugar de la otra²⁵". Bajo la influencia de la crisis, estas tres burocracias tienden a fundirse en un solo aparato. Es lo que se observa en América, en la que Roosevelt, bajo la influencia de una multitud de técnicos, intenta fijar los precios y los salarios de acuerdo con las uniones de industriales y de obreros. Es lo que se puede ver en Alemania, en donde con una rapidez pasmosa el aparato de Estado se ha anexionado el aparato sindical y tiende a meter la

²⁴ Desde agosto de 1914 los alemanes se apoderaron de la cuenca metalúrgica de Briey que no fue bombardeada en 27 meses. Se responsabilizó de ello al Comité de Forges (debate en el Parlamento de 31 de enero de 1919).

²⁵ Ver arriba, nota nº 17

mano en la economía. Respecto a Rusia, hace ya tiempo que las tres burocracias, del Estado, de las empresas y de las organizaciones obreras, no son sino un único aparato.

La cuestión de las perspectivas se plantea de dos maneras: de un lado, para Rusia, donde las masas trabajadoras expropiaron a propietarios y capitalistas, se trata de averiguar si la burocracia puede borrar, sin necesidad de guerra civil, los rastros de las conquistas de Octubre. Parece ser que los hechos nos empujan, al contrario que a Trotsky, a contestar afirmativamente. En cuanto a los otros países se debe examinar si el capitalismo propiamente dicho puede desaparecer sin una expropiación semejante, mediante una simple transformación del sentido de la propiedad. En este punto, los hechos son menos claros. Se puede decir que desde ahora el régimen capitalista no existe propiamente hablando. Ya no hay mercado de trabajo propiamente dicho. La reglamentación del salario y de la contratación, el servicio del trabajo aparecen como etapas dentro de la transformación del asalariado en una nueva forma de explotación. Parece que en Alemania los comisarios instalados por Hitler en los trusts y las grandes empresas ejercen en realidad un poder dictatorial. El sistemático abandono de la moneda oro en el mundo es también un fenómeno importante. Por otro lado, hay que tener en cuenta hechos tales como la "clausura de la Revolución nacional" en Alemania y la constitución de un consejo superior de la economía²⁶ en el que están representados todos los magnates. Sin embargo, el movimiento nacionalsocialista todavía está lejos de haber dicho su última palabra, las sucesivas capitulaciones de la burguesía ante este movimiento nos demuestran

²⁶ El 15 de julio de 1933 Adolf Hitler creó un consejo general de la economía (Generalrat der Wirtschaft) en el que se hallaban reunidos los representantes del Estado y de las grandes firmas industriales.

bastante bien cuál es la correlación de fuerzas. La separación de la propiedad y de la empresa que ha transformado a la mayor parte de los propietarios de capital en simples parásitos, permite consignas tales como "la lucha contra la esclavitud del interés" que son anticapitalistas sin tener que ser proletarias. Respecto a los grandes magnates de capital industrial y financiero, su participación en la dictadura económica del Estado no excluye necesariamente la supresión del rol que habían jugado hasta ahora en la economía. En fin, si los fenómenos políticos pueden ser considerados como señales de la evolución económica, no se puede ignorar el hecho de que todas las corrientes políticas que inciden en las masas, ya se llamen fascistas, socialistas o comunistas, tienden a una misma forma de capitalismo de Estado. Sólo se oponen a esta gran corriente algunos defensores del liberalismo económico, cada vez más tímidos y cada vez menos escuchados. Son raros los camaradas nuestros que recuerden que también se les puede oponer la democracia obrera. Ante todos estos hechos, y de muchos otros, nos vemos obligados a preguntarnos abiertamente hacia qué tipo de régimen nos llevará la actual crisis, si se prolonga, o, en el caso de una vuelta rápida a la buena coyuntura, las ulteriores crisis.

Ante semejante evolución, lo peor que podría sucedernos sería que olvidáramos el objetivo que perseguimos. Esto ha ocurrido de manera más o menos grave a un gran número de nuestros camaradas y nos amenaza a todos. No debemos olvidar que queremos hacer del individuo y no de la colectividad el valor supremo. Queremos hacer hombres completos, suprimiendo esta especialización que nos mutila a todos. Queremos dar al trabajo manual la dignidad a la que tiene derecho, confiriendo al obrero el total dominio de la técnica en vez de un simple aprendizaje; dar a la inteligencia su propio objeto, poniéndola en contacto

con el mundo por medio del trabajo. Queremos exponer a plena luz del día las verdaderas relaciones del hombre con la naturaleza, estas relaciones que disfraza toda sociedad fundada sobre la explotación "la degradante división del trabajo en trabajo intelectual y trabajo manual", Queremos devolver al hombre, o sea al individuo, el dominio que debe ejercer sobre la naturaleza, sobre las herramientas, sobre la misma sociedad; restablecer la subordinación de las condiciones materiales del trabajo respecto a los trabajadores; y, en vez de suprimir la propiedad individual "hacer de la propiedad individual una verdad, transformando los medios de producción (...) que se utilizan hoy en día principalmente para esclavizar y explotar el trabajo, en simples instrumentos del trabajo libre y asociado".

Esta es la tarea que corresponde a nuestra generación. Después de varios siglos, desde el Renacimiento, los hombres de pensamiento y de acción, trabajan metódicamente para convertir el espíritu humano en maestro de las fuerzas de la naturaleza; y el éxito ha superado las expectativas. Pero a lo largo del pasado siglo XIX se entendió que la misma sociedad es una fuerza de la naturaleza, igual de ciega que las demás, igual de peligrosa para el hombre sino llega a dominarla. En la actualidad, esta fuerza pesa sobre nosotros de manera más cruel que el agua, la tierra, el aire y el fuego; de tal manera que tiene entre sus manos, debido al progreso de la técnica, el dominio del agua, de la tierra, del aire y del fuego. El individuo se ha encontrado brutalmente desposeído de los medios de combate y de trabajo; ni la guerra ni la producción ya no son posibles sin una total subordinación del individuo al mecanismo colectivo. Pero el mecanismo social, debido a su funcionamiento ciego está a punto, como nos lo demuestra lo acaecido desde agosto de 1914, de destruir todas las condiciones del desarrollo intelectual y de la cultura. Dominar este mecanismo representa para nosotros una cuestión

de vida o muerte; y dominarlo significa someterlo al espíritu humano, o sea al individuo. La subordinación de la sociedad al individuo, es la definición de la verdadera democracia, y lo es también del socialismo²⁷ Pero ¿cómo puede dominarse esta potencia ciega, dado que posee, como lo demostró Marx de manera convincente, todas las fuerzas intelectuales y materiales cristalizadas en una

²⁷ En "La Cuarta Internacional y la URSS. La naturaleza de clase del estado soviético" (Paris, 1933). L. Trotsky, asociando a Urbahns (jefe del Leninbund alemán), Laurat, Souvarine y Simone Weil sostiene que "los privilegios de la burocracia en sí mismos no cambian todavía las bases de la sociedad soviética..." y respecto a Simone Weil apuntaba en una nota "Desesperada de sus "desgraciadas experiencias" Simone Weil encontró consuelo en una nueva misión: defender su personalidad contra la sociedad. Fórmula del antiguo liberalismo, refrescada por un barato entusiasmo anarquista (...) a Ella y a sus afines les hacen falta muchos años para liberarse de los prejuicios pequeño burgueses más reaccionarios. Evidentemente, sus nuevos puntos de vista han encontrado cobijo en el órgano que tiene por título de manera claramente irónica "Revolución proletaria". En el mismo año, Victor Serge (1890-1947), escritor perseguido, convencido de su experiencia decenal en Rusia, llegó a una conclusión cercana a la de Simone Weil, aunque se mostraba partidario del terror en tiempo de revolución: "Defensa del hombre. Respeto del hombre. Hay que devolverle sus derechos, una seguridad, un valor. Sin esto no hay socialismo. Sin esto todo es falso, equivocado, viciado. El hombre, cualquiera que sea, aunque fuera el último de los hombres "enemigo de clase", hijo o nieto de grandes burgueses, me da igual, no hay que olvidar jamás que un ser humano, es un ser humano. Esto se olvida constantemente, delante de mí, por todos los lados, es la cosa más indignante y más antisocialista que puede haber." (Carta a sus amigos, Moscú 1 de febrero de 1933).

monstruosa herramienta? Buscaríamos en vano en la literatura marxista una respuesta a esta pregunta.

¿Hay que desesperar entonces? Existen muchas razones para hacerlo. Es difícil encontrar un lugar en el que depositar la esperanza. La capacidad de un juicio libre es cada vez más rara, principalmente en los medios intelectuales, debido a esa especialización que lleva a cada uno, en las cuestiones fundamentales que conlleva cada investigación teórica, a creer sin saber. Aún en el espacio de la teoría pura, el juicio individual se halla destronado ante los resultados conseguidos por el esfuerzo colectivo. En cuanto a la clase obrera, su situación como instrumento pasivo de la producción no la prepara para poder tomar en sus manos su propio destino. Las actuales generaciones han sido diezmadas y desmoralizadas por la guerra; después, una vez volvieron la paz y la prosperidad, trajeron por un lado un lujo y una fiebre de especulación que corrompieron profundamente todos los estratos de la población. Por otro lado, las modificaciones técnicas arrebataron a la clase obrera su principal fuerza. Pues la esperanza del movimiento revolucionario residía en los obreros cualificados, los únicos en poder conjugar, en el trabajo industrial, la reflexión y la ejecución, en poder tener una parte activa y esencial en el funcionamiento de la empresa, los únicos capaces de estar preparados a asumir en su momento la responsabilidad de toda la vida económica y política. De hecho, constituían el núcleo más sólido dentro de las organizaciones revolucionarias. Pero la racionalización ha eliminado su función y solo permite la subsistencia de peones especializados, completamente sujetos a la máquina. Después sobrevino el paro que se abatió sobre una clase obrera, ya mutilada, sin provocar ninguna reacción. Aunque ha exterminado menos hombres que la guerra, sin embargo, ha producido un abatimiento general más profundo, reduciendo a amplias masas obreras, y particularmente a toda la

juventud, a una situación de parásitos que a fuerza de prolongarse, ha terminado por parecer definitiva a aquellos que la sufren. Los obreros que se quedaron en las empresas han acabado considerando ellos mismos el trabajo que realizan ya no como una actividad indispensable de la producción, sino más bien como un favor que les concede la empresa. De esta manera, el paro, allí donde se halla más extendido, llega a reducir a todo el proletariado a un estado de espíritu de parásito. Evidentemente que puede volver la prosperidad, pero ninguna prosperidad puede salvar a las generaciones que han pasado su adolescencia y su juventud en una ociosidad más estresante que el trabajo, ni preservar a las futuras generaciones de una nueva crisis o de una nueva guerra. ¿Pueden las organizaciones transmitir al proletariado la fuerza que le falta? La complejidad misma del régimen capitalista y los problemas que plantea la lucha contra él, sitúa en el seno mismo del movimiento obrero "la degradante división del trabajo entre trabajo manual e intelectual". La lucha espontánea siempre ha resultado impotente y la acción organizada engendra en cierta manera un aparato directivo que tarde o temprano le convierte en opresor. En nuestros días esta opresión se efectúa bajo la forma de una unión orgánica ya sea con el aparato del Estado nacional o con el aparato del Estado ruso. Así, nuestros esfuerzos se arriesgan no solo a ser vanos, sino a volverse contra nosotros, en provecho de nuestro enemigo capital, el fascismo. El trabajo de agitación para provocar la revuelta puede favorecer la demagogia fascista, como lo demuestra el ejemplo del partido comunista alemán. El trabajo de organización, desarrollando la burocracia, puede favorecer igualmente la llegada del fascismo como lo demuestra el ejemplo de la socialdemocracia. Los militantes no pueden sustituir a la clase obrera. La emancipación será obra de los propios trabajadores, o no será. Pero el hecho más trágico de la época

actual reside en que la crisis acecha al proletariado de manera más profunda que la clase capitalista, de tal manera que aparece como no siendo la crisis de un régimen, sino de toda nuestra sociedad.

Esta visión será, sin lugar a dudas, tachada de derrotismo, incluso por parte de camaradas que intentan ver claro. No tenemos necesidad de utilizar entre nosotros terminología de Estado-Mayor. La misma palabra "desánimo" no tiene sentido entre nosotros. La única cuestión que se nos plantea es si debemos o no continuar la lucha; en el primer caso lucharemos con tanto ardor como si la victoria fuera segura. No nos ofrece ninguna dificultad, una vez que se ha decidido actuar, en guardar intacta, en el plano de la acción, la esperanza que un examen crítico demuestre que no tiene fundamento: aquí es donde reside la esencia misma del coraje. Pero como una derrota amenazaría con destruir, durante un periodo indefinido, todo lo que a nuestros ojos confiere valor a la vida humana es evidente que debemos luchar con todos los medios que, en nuestra opinión, tengan una oportunidad de ser eficaces. Un hombre al que se lanzase al mar en pleno océano no debería dejarse ahogar, aunque tuviera pocas posibilidades de salvarse, debería nadar hasta el agotamiento. Nosotros no nos hallamos sin esperanza. El mero hecho de existir, concebir y querer algo distinto de lo que existe, constituye para nosotros una razón para esperar. La clase obrera tiene todavía dispersos por uno y otro lado, la mayoría fuera de las organizaciones, obreros de elite, llevados por esta fuerza del alma y del espíritu que sólo se encuentra en el proletariado, dispuestos, si la ocasión se presenta, a consagrarse enteramente, con las ganas y la conciencia con que un buen obrero hace su trabajo, a edificar una sociedad razonable. En circunstancias favorables, un movimiento espontáneo de masas les puede llevar al primer plano de la escena de la historia. Por el momento, solo se puede ayudarles a formarse, a

reflexionar, a aumentar su influencia en las organizaciones obreras que aún están vivas, es decir, en el caso de Francia, en los sindicatos, en fin a agruparse para desarrollar, en la calle o en las empresas, las acciones que sean posibles en la actual situación de inercia de las masas. Un esfuerzo que tienda a reagrupar lo que ha quedado de sano en el seno de las empresas, evitando tanto la incitación de los sentimientos elementales de la revuelta, como la cristalización de un aparato, no es que sea mucho, pero no hay nada más. La única esperanza del socialismo reside en aquellos que ya han realizado en ellos mismo, dentro de lo que es posible en la sociedad de hoy, esta unión del trabajo manual y del trabajo intelectual que define la sociedad que proponemos. Pero, junto a esta labor, la extrema debilidad de las armas que disponemos nos obliga a iniciar otra. Si, como no puede ser de otra manera, nosotros debemos perecer, hagámoslo de tal manera que hayamos existido. Las enormes fuerzas que debemos combatir se disponen a aplastarnos, y, evidentemente, pueden impedirnos que existamos plenamente, o sea, que imprimamos al mundo la marca de nuestra voluntad. Pero este es un terreno en el que son impotentes. No pueden impedirnos trabajar en concebir claramente el objeto de nuestros esfuerzos a fin de que si no podemos realizar lo que queremos, por lo menos lo hayamos querido y no sólo deseado ciegamente; y, por otra parte, nuestra debilidad puede impedirnos la victoria pero no el entender la fuerza que nos aplasta. Nada en el mundo puede impedirnos ser lúcidos. No hay ninguna contradicción entre esta tarea de aclaración teórica y el trabajo que impone la lucha efectiva; existe, por el contrario, una correlación, ya que no se puede actuar sin saber lo que se quiere y qué obstáculos hay que superar. Sin embargo, dado que el tiempo de que disponemos es limitado hay que repartirlo entre la reflexión y la acción, o para hablar de manera más modesta, la preparación de la

acción. Este reparto no lo puede determinar ninguna regla, sólo el temperamento, la manera de ser, las cualidades de cada uno, las expectativas de cada uno cara al futuro, la casualidad de las circunstancias. En cualquier caso, lo peor que nos podría acontecer sería perecer impotentes a la vez de lograrlo y de entenderlo.

Simone Weil (1909-1943)

Nace en París en el seno de una familia de judíos. Tras una brillante carrera filosófica, trabaja un año en la Renault, entre 1934 y 1935. En 1936 está en España con la Columna Durruti, en el frente de Aragón.

Regresa a Francia y en 1942 huye con su familia a los Estados Unidos; luego se traslada a Londres, donde en abril de 1943 es hospitalizada. Muere en el sanatorio de Ashford en agosto del mismo año.

Es en los años 30 cuando participa más activamente en las revistas de ámbito revolucionario. En *La Critique Sociale*, en 1933, publica estas **Reflexiones sobre la guerra**: análisis de la guerra y el capitalismo presididas por un mismo principio, el que subordina a los obreros a las herramientas de trabajo y a los combatientes a los instrumentos de combate. También en 1933, escribe en *La Révolution Proletarienne*, **Perspectivas. ¿Nos dirigimos hacia la revolución proletaria?** Lúcido y anticipado análisis desde una perspectiva revolucionaria, más allá del corsé marxista que imperaba, sobre los dos fenómenos políticos que dominan su época: estalinismo y fascismo (Estados capitalistas, totalitarios, en ambos casos concentración de todos los poderes políticos y económicos en manos del jefe del Estado), y sobre la emergencia de una nueva forma de opresión, ahora no en nombre de la fuerza o de la riqueza transformada en capital sino en nombre de la función: la tecnoburocracia, a partir de los cambios, dentro del capitalismo, en el proceso de trabajo al separar totalmente dirección y ejecución. Cambios y perspectivas que orientan más hacia un nuevo sistema de opresión que hacia la libre asociación de los productores.

colección **con.otros**